

## 26 de septiembre de 2012: cincuenta años sin María Rosa Lida

Ángel Gómez Moreno  
Universidad Complutense, Madrid

*Con el recuerdo del Prof. Yakov Malkiel, en el día a día del verano de 1986*



Hace bien poco (“En el centenario de María Rosa Lida de Malkiel,” *Revista de Filología Española* 91 [2011]: 131-47), me refería a lo mucho que perdió nuestra especialidad a causa de la prematura muerte de esta maestra de las letras hispánicas. Considerada su capacidad inigualable para detectar problemas y resolverlos del modo más conveniente, y dado que la actividad de un investigador del ámbito de las Ciencias Humanas continúa comúnmente hasta los 75 o los 80 años (don Ramón Menéndez Pidal se mantenía lúcido y activo a sus 95 años, aunque fue excepcional en ese y otros muchos sentidos), queda claro que la parca nos privó aproximadamente de unas tres décadas de felices hallazgos. En el caso de María Rosa (en el artículo citado, explico por qué algunos, desde el respeto y la admiración más profundos, acostumbramos llamarla

por su nombre), perdimos mucho más que eso, como paso a explicar.

Aunque, diría yo que por razones casi metabólicas, me repelen las oraciones eventuales irreales (sobre todo, las articuladas por medio de la correspondiente apódosis y la conjunción que da paso a la condicional: “¿Qué habría ocurrido si...?”, o las que se apoyan inicialmente en una prótasis, a la manera de Paul L. Wolf en un artículo que recomiendo a cualquier lector con independencia de su especialidad, “If Clinical Chemistry Had Existed Then...,” *Clinical Chemistry* 40.2 [1994]: 328-35), creo que tiene sentido preguntarse cuántos arcanos habría desvelado María Rosa de haber vivido el tiempo que en principio le correspondía (tengamos en cuenta que, en 1962, la esperanza de vida de una mujer en Norteamérica era de 74 años). Imaginémosla por un momento aún activa en la década de los ochenta e incluso en los

primeros noventa, periodo en que nuestra especialidad experimentó una aceleración inusitada a ambos lados del Atlántico. Refresquemos la memoria y pasemos revista a lo que entonces ocurrió.

Con el ejemplo de unos cuantos grandes maestros (algunos de ellos, en la fase más productiva de su vida), decenas y decenas de estudiosos, crecidos en el seno de la cultura hispánica o formados en los centros de referencia del Hispanismo y la Romanística, volvieron sobre los temas tradicionales de la especialidad para enfocarlos con objetivos nuevos o desde ángulos distintos de los acostumbrados. Muchos más hubo, no obstante, que se dieron a colmar lagunas, por lo que prestaron atención a fenómenos, géneros, autores y obras desatendidos parcial o enteramente, ya se tratase de alguna de las modalidades de la poesía narrativa, de la lírica de cancionero, de la novela de caballerías (la forma española correspondiente al *roman courtois* francés), de la novela sentimental, del sermón, de las artes de bien morir o de la literatura hagiográfica.

Por desgracia, nadie fue capaz de evitar lo que ocurrió: el distanciamiento, en razón de unos intereses y métodos a menudo discrepantes, entre los hispanistas norteamericanos y europeos, una dolorosa realidad ante la que muchos nos sentimos impotentes, pues no cabía reacción alguna. Desde España, a decir verdad, no se habría aceptado ningún correctivo, como tampoco desde la academia norteamericana, en la que sus grandes nombres remitían, de un modo u otro, a don Ramón, aunque fuese a través del magisterio, directo o indirecto, de Américo Castro (y es que el castrismo no sólo ayuda a entender a Francisco Márquez Villanueva [1931- ] sino también a Samuel Armistead [1927- ]). Había que fiarlo todo al paso del tiempo, que suele actuar como remedio eficaz. Por lo tanto, tan sólo se esperó a que las aguas se remansasen, vale decir, a que se abandonasen las posturas militantes y combativas en exceso.

Al fin y al cabo, bastaba caer en la cuenta de que, ayer como hoy, hay espacio para todos y para casi todo: para el estudioso que se autodefine como *filólogo* (ya comulgue con el método de Lachmann o se aferre a los principios de la llamada Escuela Española de Filología) y para los seguidores de las corrientes de análisis más innovadoras y sorprendentes (como los *Fat Studies*, de los que, lo confieso, acabo de tener noticia); para cuantos atienden a la cultura española en el marco de la europea (en sus filas milito yo mismo y militaba la gran María Rosa), como para aquellos otros que, desde un enfoque neocastrista, prefieren seguir hablando de una España *mudéjar* (como mis amigos de Harvard, por los que siento tanto afecto como admiración). Particularmente, tan sólo considero inaceptables aquellas líneas de trabajo que dan en exabruptos, provocan sentimientos de rechazo o, sin más ni más, siembran odios. Por desgracia, estas últimas nunca han faltado.

En realidad, el ideario que propició tan brusco corte en nuestros estudios literarios no era el resultado de un desarrollo propio: en la práctica totalidad de los casos, quienes se sirvieron de tales métodos de análisis fueron a buscarlos a otras especialidades, y además manifiestamente tarde por lo común. Contemplado todo este proceso con la amplitud de enfoque y la distancia que conviene, se descubre que

muchos de cuantos se proclamaban innovadores no eran más que epígonos; de hecho, a lo más que se llegó fue a adaptar algún método concreto para su uso específico en la investigación literaria en lengua española. La reacción a tales excesos vino también desde fuera, gracias a la labor de zapa de George Steiner y Harold Bloom, dos vacas sagradas para los estudiosos de la literatura en lengua inglesa, dos guiones capaces de moldear un estado de opinión dentro y fuera del mundo académico.

Por varias razones, no sucedió lo mismo en las literaturas en lengua francesa e italiana. En Francia, a pesar de su impresionante desarrollo teórico (como cuna o tierra de acogida de Althusser, Lukacs, Lacan, Todorov, Genette, Kristeva...), se llegó a una dispersión contenida y no a una fragmentación manifiesta. Probablemente la explicación haya que buscarla en la rapidez y la habilidad con que sus grandes maestros, atentos a las novedades de *Poétique*, hicieron suyas algunas de tales propuestas de análisis. En ningún caso se rompía con la tradición, como lo demuestra el hecho de que la Historia Literaria continuase activa y cuajase en manuales y diccionarios de calidad inobjetable; por otra parte, el respeto a los grandes maestros de antaño hacía las veces de marca de la casa, como el bedierismo épico o el bedierismo ecdótico característicos de toda la Escuela Francesa (y confieso que, sólo tras pensármelo bien, he decidido emplear la mayúscula de nuevo).

A tal conclusión se llega inevitablemente cuando se sigue la trayectoria y evolución de algunos de los principales historiadores de la literatura francesa, como Gustave Cohen (1879-1958), Edmond Faral (1882-1958), Jean Frappier (1900-74), Alexander Micha (1905-2007), Paul Zumthor (1915-95), Jean Charles Payen (1931-84) o Michel Zink (1945- ). Aunque Micha vivió 102 años y Payen no llegó a cumplir los 53, en la obra de ambos, como en la de los demás medievalistas citados, se da una especie de acuse de recibo a las aportaciones más frescas e interesantes de los expertos en Teoría Literaria. Por resultar paradigmático y haberlo dicho en esta misma revista, me quedo con el siempre deslumbrante Zumthor, de quien digo lo siguiente (“Letras latinas, tradición clásica y cultura occidental,” *eHumanista* 7 [2006]: 37-54 [42]):

Lo normal es que el crítico inteligente vea cómo el paso del tiempo agranda su universo de referencia. En clase, me gusta poner un ejemplo y a él vuelvo ahora: el del francés Paul Zumthor, quien, hasta los años sesenta, hizo pura historia literaria; de hecho, suyo es uno de los más célebres manuales de literatura francesa medieval [1954]. En plena madurez, sin embargo, se destapaba con un libro revolucionario a ojos de medievalistas: su *Essai de poétique médiévale* [1972], donde los tradicionales planteamientos histórico-filológicos se someten a los dictados de la crítica literaria del momento, sirviéndose sobre todo de la piedra de toque que le aportaban las corrientes derivadas del estructuralismo y el formalismo, entre otras. Llegado a la década de los ochenta, Zumthor hacía gala de un declarado espíritu comparatista, en atención al conjunto de la Romania (*La lettre et la voix* [1987]), algo que

no podía extrañar a nadie, ya que, algo antes, había adoptado una perspectiva más propia de un etnógrafo o de un antropólogo (me refiero a su *Introduction à la poésie orale* [1983], en que atiende al mismo tiempo a la cultura europea y la africana). Por fin, su último libro (*La mesure du monde. Représentation de l'espace au Moyen Âge* [1993]) se ofrece como una suma de sus diversos saberes y competencias: ahí, Oriente y Occidente se dan la mano de continuo, mientras el Medieval se fundamenta sobre el Mundo Antiguo para proyectarse sobre la Era Moderna, con lecciones que, desde el pasado, miran al hombre del presente y le ayudan a desbrozar el camino; de nuevo, en su interior abundan las pinceladas del más genuino comparatismo y de la mejor antropología.

En Italia, dejadas aparte disonancias menores, las señas de identidad de sus filólogos estaban y continúan estando claras a más no poder, con independencia del centro académico en que presten servicio y de la lengua de la que se ocupen entre aquellas que competen al romanista; de hecho, es el único país en que, a día de hoy, la Filología Románica preserva su vigor. La razón última de que la Escuela Italiana (para ser coherente, me sirvo por tercera vez de la mayúscula al hablar de escuelas nacionales) se ofrezca monolítica y coherente la tienen grandes maestros como Gianfranco Contini (1912-90), D'Arco Silvio Avalle (1920-2003), Giuseppe Tavani (1924- ) o Cesare Segre (1928- ). Para mi propósito, nada importa que los cuatro nombres seleccionados queden tan próximos en el tiempo que les convenga el calificativo *coevos*: lo único que cuenta es la capacidad que ellos (y alguno más que podría añadir) tuvieron de crear un estilo o, si se prefiere, de transmitir un método propedéutico y analítico (incluso me atrevería a definirlo como *poética*) a sus discípulos directos o indirectos.

Cierto es que todos ofrecen, antes de nada, pura Filología, apoyada en el neolachmannianismo más observante y en las herramientas desarrolladas por la Romanística en su larga evolución. En realidad, esto último es lo que de verdad importa, pues la Escuela Italiana ha sabido renovarse en la medida que convenía, sin prescindir en ningún momento del rico legado del que les habían hecho entrega sus predecesores. Ni aromas rancios ni pesados armatostes: los objetivos de la Escuela Italiana han sido siempre ediciones rigurosas, interpretaciones apoyadas al mismo tiempo en la exégesis tradicional (incluida la teoría literaria, con su metalenguaje propio, de la época del escritor estudiado) y la moderna hermenéutica, además de herramientas de todo tipo (inventarios, repertorios, índices de rimas, glosarios, etc.).

Los cuatro filólogos citados mostraron su versatilidad de diversas maneras: al pasar de la Estilística al Formalismo (caso de Contini, inicialmente fascinado con Benedetto Croce), al trazar exitosos manuales dedicados íntegramente a la Teoría de la Literatura contemporánea (como Avalle, medievalista él, hace en *L'analisi letteraria in Italia. Formalismo. Strutturalismo. Semiologia*, Milán-Nápoles: Ricciardi, 1970), al desarrollar nuevos principios teóricos (ahí está el *ritmema*, principio métrico ideado

por Tavani) o al reforzar la Filología con una metodología innovadora (como Segre, filólogo ejemplar y gran teórico de la Semiología). ¿Para qué aventurarse y buscar fuera lo que podía conseguirse sin salir de la propia especialidad?

Las literaturas hispánicas ofrecen, en comparación, un panorama muy diverso. Tras Jose Joaquim Nunes (1859-1932) y Manuel Rodrigues Lapa (1897-1989), durante muchos años la literatura gallego-portuguesa medieval tuvo en los romanistas italianos a sus principales valedores; ya en los años ochenta, éstos se vieron reforzados primero y relevados luego por varios medievalistas españoles y portugueses, desde que Carlos Alvar y Vicente Beltrán dieran a la luz su ya mítica *Antología de la poesía gallego-portuguesa*, Madrid: Alhambra, 1985. La particular historia de esta especialidad evitó cualquier fractura entre escuelas y corrientes, al igual que ocurrió en la literatura catalana, que tuvo la fortuna de contar con un experto de la talla de Martín de Riquer (1914- ), cuyo magisterio alcanza a la totalidad de las literaturas románicas y se erige en referente básico en la española, catalana, occitana y francesa.

Llegamos por fin a los estudios de literatura española, cuyo pasado, rico y complejo, explica la extraordinaria magnitud y abundantísimas ramificaciones del presente. La reciente aparición de mi libro *Breve historia del medievalismo panhispánico (primera tentativa)*, Madrid-Francfort: Iberoamericana-Vervuert (Medievalia Hispánica, 15), 2011 (con un apéndice bibliográfico de Álvaro Bustos) me libra del esfuerzo de trazar un mapa inevitablemente rápido y, por ello mismo, impreciso. Si ahora me importa recordarlo (y a su ficha uno de nuevo la correspondiente a la semblanza a la que aludo en las primeras líneas de este trabajo) es porque permite hacerse una idea de la importante empresa a la que María Rosa estaba abocada de algún modo, que la muerte se encargó de abortar.

Por su personalidad, capacidad y circunstancias, María Rosa estaba destinada a servir de puente entre los hispanistas españoles y europeos, de un lado, y los hispanoamericanos y norteamericanos del otro. Estaba en el lugar preciso: en la próspera Argentina de los años cuarenta y en los potentes Estados Unidos de los cincuenta. En la Universidad de Buenos Aires, el exilio de la inmediata Posguerra la puso en contacto con lo mejor que pudiera dar la Escuela de Filología Española, representada por el deslumbrante Amado Alonso (1896-1952), en quien María Rosa tuvo a su maestro; en Harvard University, y en el hervidero de Boston, Cambridge o la cercana Wellesley, se reencontró con el filólogo navarro y pudo tratar asiduamente a otros representantes del mundo académico español y norteamericano; en Berkeley, en fin, la esperaba el más riguroso de los lectores imaginables: su esposo, el eminente lingüista Yakov Malkiel (1914-98), una especie de compendio de lo mejor y más granado de la Romanística alemana de la primera mitad del siglo XX, enriquecida por unos conocimientos abrumadores y una inteligencia penetrante.

Las circunstancias no bastan: el éxito verdadero depende en último término de la capacidad y del espíritu de sacrificio, virtudes ambas de las que María Rosa andaba muy sobrada. Además, por su sabiduría, originalidad, independencia de criterio y hasta por el rigor de sus juicios (como he dicho en otro lugar, la sola vista de su firma en la

reseña de un libro quitaba el hipo a su autor, por muy flemático que fuese), estaba llamada a desempeñar un papel de guía de varias generaciones de hispanistas y, de ese modo, a facilitar el acercamiento entre los expertos de ambas orillas del Atlántico. Si su magisterio era indiscutible cuando se trataba de la literatura española medieval y renacentista, su conocimiento de la literatura hispanoamericana (tanto la de la mal llamada *época colonial* como la de la América independiente del siglo XIX) me hace pensar que pudo ayudar a encauzar esa especialidad en los momentos en que más se precisaba.

Mujer, judía y argentina, sus señas de identidad alejaban cualquier atisbo de machismo, nacionalcatolicismo e hispanocentrismo (o, si se prefieren, eurocentrismo), tres imputaciones que, las más de las veces injustamente aplicadas, abortaban la posible función mediadora de cualquier estudioso español, por eminente, ponderado y venerable que fuese. Cuando me refiero a un arbitraje, no tengo en mente cargo o jerarquía alguna, pues habría carecido de sentido; pienso, más bien, en una suerte de catedrocracia basada tan sólo en la autoridad o respeto, sentimientos ambos que la investigadora argentina despertaba como nadie. Sólo ella, en mi opinión, estaba capacitada para limar asperezas, poner coto a excesos, silenciar prejuicios de cualquier índole, evitar repudios y, por supuesto, oxigenar nuestros estudios con nuevas técnicas de análisis, como el comparatismo característico de la última fase de su vida investigadora.

¿Quién, ante ella, habría osado obviar el legado de Grecia y Roma o quién, en su presencia, se habría atrevido a ningunear a su querido don Ramón? Su esposo despertaba idéntico respeto –y hasta terror, oso decir–, pues era inmisericorde en sus notas y reseñas, en sus evaluaciones para *Romance Philology* y donde menos cabría esperarlo: en los obituarios que redactó para esa misma revista, un género que, en sus manos, nada tenía de considerado, condescendiente o laudatorio por principio. Por desgracia para nosotros, aunque su conocimiento de la literatura española era sencillamente admirable, sólo se aventuró fuera de las fronteras de la Lingüística Románica (disciplina prácticamente inexistente en Norteamérica) para atender a problemas relativos a la Lingüística General y su historia, ya fuese para enfocar algún detalle concreto u ofrecer toda una panorámica de la obra de Jakob Jud, Leonard Bloomfield o Edward Sapir. Por supuesto, no ignoro su formidable labor editorial con los manuscritos de María Rosa, que cuajó en varios libros y artículos relativos a nuestra historia literaria; en ellos, precisamente, es donde más fácilmente se echa de ver la competencia absoluta, el magisterio inobjetable de Malkiel en la especialidad en la que tan alto brilló su esposa.

El deseo de emular es uno de los principales revulsivos para el ser humano en su búsqueda de modelos ontológicos (o figuras ideales, como el héroe, el santo, el artista o el sabio) o, más ramplonamente, de referentes en el desempeño de una profesión o en el arte de marear la vida. Fiado en que el mejor elogio es aquel que convierte al elogiado en modelo digno de imitación, Malkiel supo explicar como nadie en qué y por qué habían sido innovadores sus grandes maestros berlineses, al tiempo que

destacaba la aportación de algunos lingüistas (como los tres arriba citados) y aplaudía con entusiasmo a aquellos filólogos españoles con los que su difunta esposa había adquirido una deuda intelectual, que él procuró satisfacer de algún modo.

Confieso que, en momentos bajos, la lectura de Malkiel insuflaba en mi ánimo la energía necesaria para continuar con la brega. Sus densos y sabios artículos obraban en mí un efecto parecido al de Tito Livio sobre Alfonso V, recuperado de su enfermedad gracias a la lectura ininterrumpida de *Ab urbe condita*. A Malkiel acudía porque, él como nadie, me explicaba la aportación de unos cuantos filólogos por los que sentíamos idéntica admiración: don Ramón, María Rosa, Amado Alonso o Ignacio González Llubera. En las muchas páginas que dedicó a su esposa, particularmente en una necrología sobrecogedora, descubro varias frases que podrían reforzar el sentimiento de providencialismo frustrado (a la manera del Príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos) de este artículo-pórtico. Si no las traigo al presente es porque más de uno podría decir que de nada sirven ya que su viudo no podía ser juez imparcial.

Tampoco hace falta. Me conformaré con que reparen en lo mucho que todos perdimos con la temprana muerte de María Rosa Lida de Malkiel.